

## Un Prado para el sueño



© Museo Nacional del Prado. Francisco de Goya, *El perro*, 1819-1823, óleo sobre revoco, trasladado a lienzo, 131,5 cm x 79,3 cm.

Con la cabeza en alto, el animal parece contemplar un ave. Su cuerpo, escondido tras la leve inclinación del terreno, insinuada por un leve contraste de ocres, sugiere una postura atenta, de caza; aunque también podría estar anegado en un lodazal, aterrado, a la espera de la muerte. Su hocico apunta a las dos en punto. La mirada parece encontrar al pájaro en vuelo y seguirlo, mientras nosotros confiamos en que su espera no sea eterna.

1

Volver al Museo del Prado y encontrar *El perro* de Francisco de Goya y Lucientes, inmóvil, a la espera, aun mirando aturdido el pájaro perdido en el firmamento, nos conmueve. Algún día, quizá, el animal abandone la pintura oscura, se vaya para siempre y deje allí una esquina ocre dividida por la diagonal terrosa que otrora tapara su cuerpo, como un accidente en pañete. Quizás algún día desaparezca la pintura de verdad, y no en teoría, como muchos maestros de la crítica insisten, pero, mientras siga abierto El Prado, es difícil que el arte de la representación pictórica siquiera amenace ruina.



© Museo Nacional del Prado. El Bosco, *El jardín de las delicias*, entre 1500 y 1505, óleo y grisalla sobre tabla, 220 x 386 cm.

El 19 de noviembre de 1819, con 311 obras de la colección de la corona española, el Real Museo de Pintura y Escultura abrió sus puertas al público. Los artistas, en su totalidad, eran nacionales y, sin duda, unos de los más importantes creadores de su tiempo. En 1868 la institución paso a llamarse Museo Nacional de Pintura y Escultura, para, posteriormente, terminar llamándose como hoy lo conocemos: Museo Nacional del Prado.

Sala tras sala este palacio de arte guarda algunas de las más insignes obras maestras de la pintura europea —con especial foco en los maestros de los siglos XVI al XIX—. La historia camina a nuestro lado cuando atravesamos sus naves. Sus paredes cargan la fuerza de la mística occidental, a la vez que resguardan algunos de los gestos plásticos más conmovedores y dicentes de la ficción y la narración pictórica.

Tiziano, Durero, Rafael, El Greco, Fra Angélico, Rivera, Murillo, El Bosco, Rubens, Giambattista, Velázquez, Rembrandt y Goya son algunos de los gendarmes de este legado que no cesa de contar historias que se mezclan con las realidades contemporáneas. Con ellos, un

millar más de nombres arriban hoy a un bicentenario de una institución decana en la museografía universal. Una que, para muchos, es la mejor lograda hasta ahora en lo que a la herencia ilustrada y romántica se refiere.

Con las colaboraciones de Libe de Zulategui y Mejía, Carlos Arturo Fernández Uribe, María Cristina Barroso Gutiérrez, Mario Opazo Cartes y Wilson Pérez, hoy, en este número de nuestra *Agenda Cultural Alma Máter*, le brindamos un homenaje a una institución que vemos con nostalgia y enorme reconocimiento. Una casa que guarda para siempre, confiamos, meninas, majas vestidas y sin ropas, perros, cristos, santos, y herejes, fusilamientos y muchas otras cuantas historias que nos han ayudado a entender el contexto de nuestra historia, una que ha sido posible escribir con la ayuda del arte y que, con esa misma colaboración, podrá seguir reescribiéndose en función del cambio de los tiempos. Incluimos también un avance de la novela *Dédalo* de Daniel Camilo Bogoya, obra ganadora del 37 Premio Nacional de Cultura en Literatura / modalidad Novela de la Universidad de Antioquia.

Oscar Roldán-Alzate